

UN NUEVO POETA JOVEN DE ESPAÑA: DIONISIO CAÑAS

José Olivio Jiménez

Es siempre emocionante asistir y testimoniar el nacimiento de un nuevo poeta, más si ello ha ocurrido cerca de nosotros y aun si uno incluso lo ha estimulado. Tal es mi caso ante el próximo primer libro de Dionisio Cañas, para el cual escribí unas breves páginas prologales y al que pertenecen los poemas suyos que más adelante se transcribirán. Novel en la poesía, lo es casi también en la lengua en que la suya va escrita. Porque siendo españolísimo de origen (nació en la manchega ciudad de Tomelloso en 1949), su encuentro con el verso castellano viene a producirse algo tardíamente. Y para explicar esto, y dar como en escorzo el nada reconfortante trasfondo sociológico que descubre, se me permitirá una marginal digresión personal o biográfica: la única en que incurriré. Y lo hago por derivarse, de lo que he de decir, ciertas consideraciones que explican los primeros problemas que Cañas tuvo que plantearse cuando todavía para él ese juego de hacer versos no podía ofrecérsele más que como un sin embargo apasionante vicio solitario.

Un día lejano de su infancia — sólo contaba diez años entonces — su familia decide (más ajustado sería escribir: *tiene que decidir*) el abandono de España y su traslado a Francia. Y por la sola y misma razón — la búsqueda de la subsistencia — que explica ese masivo éxodo de raíz económica (pero de naturales implicaciones políticas en su base) que march el forzoso fenómeno migratorio español de estas últimas décadas hacia donde se pudiera vivir: Alemania, Francia, Suiza, Inglaterra, Bélgica. Un coetáneo de Gil de Biedma ha recogido en un impresionante poema ese penoso destino, para el que no había elección. Es Angel González cuando, contemplando la tumba de Antonio Machado en el suelo extranjero donde muere después de su cruce doloroso por los Pirineos al final de la guerra civil, trata de actualizar dramática y críticamente aquella premonitoria circunstancia vivida por el poeta, y tan repetida después. He aquí unos versos de ese poema, "Camposanto en Colliure":

— pas . . . —,

otra vez desbandada de españoles
cruzando la frontera, derrotados
— . . . sin gloria.

Se paga con la muerte
o con la vida,
pero se paga siempre una derrota.

La familia de Dionisio Cañas pagó su absurda derrota con la vida. Y aún con la muerte: en tierras francesas murió su padre, a fines de 1969. Es entonces, a los veinte años, cuando sin preverlo, la vida le llevó a reconquistar la vida jugada, a sobreponerse a la derrota, a volver (siquiera como símbolo y por muy poco tiempo) a España. Pero en Francia habían transcurrido para él esos largos años decisivos que van desde la niñez hasta la primera juventud, tan importantes en la formación del gusto, el encauce de la sensibilidad y el dominio del instrumental expresivo de cualquier modulación del arte de la palabra. Años perdidos que luego, bajo la perspectiva definidora del tiempo, puede un hombre joven sentir como unos incomprensibles *años de penitencia*: que los hay de muchas formas, algunas aún más insensatas que las que narra Carlos Barral en sus memorias. Lo que en Francia había hecho, y ahora dejaba afortunadamente atrás, había andado por rumbos que ciertamente eran desvíos: estudios técnicos, práctica de diferentes oficios, rudos trabajos mecánicos. Una experiencia (definitiva para el arte) sí le quedó de todo aquello: el haber aprendido casi desde niño a mirar, cara a cara, a la vida, y en sus facetas más ásperas. Pero en lo lingüístico y en lo estético le significó un alejamiento radical para aquello a que — él no lo sabría entonces — estaba destinado: la poesía, y su lengua materna. Este hallazgo vendría a producirse en Madrid y hacia 1970, y de una manera tan natural que quizás no hubiese ni asombro de su parte. Mas ello no evadía las dificultades: intuir poéticamente el mundo y la vida, aspirar a darle una coherente expresión lírica, y penetrar en los casi desconocidos secretos rítmicos del idioma propio — gozne del todo ineludible para que la poesía se entregue — fueron en su caso tareas simultáneas, cuyo total vencimiento no considera aún plenamente cumplido.

Comienzan las lecturas poéticas, de un modo autodidáctico e informal. Viene a Nueva York en 1971, y toma ocasionalmente un curso con Nicanor Parra: natural es que se encandile entonces, aunque momentáneamente, con la "anti-poesía." Pero en seguida se le revela que el sendero de la poesía es muy ancho, y que hay dentro de él muchas vías. Lee vorazmente a Vallejo, que le ha acompañado desde entonces como una de sus devociones mayores: a Borges, de quien no admira tanto su maestría estilística como el sordo temblor ante el enigma de la vida y la muerte que aquél sabe por momentos alcanzar tan magistralmente; y, algo más tardíamente, a Vicente Aleixandre, cuya poderosa capacidad visionaria y su aguda sensibilidad humana le harán uno de sus favoritos más entrañables. Al mismo tiempo, frecuenta el trato y la lectura de los poetas amigos residentes en Madrid: José Hierro, Carlos Bousoño, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Angel González . . . Por su admiración a la palabra más libre y aun irracional que algunos de ellos favorecen, tanto como por el talante meditativo y crítico que bajo variadas direcciones en otros descubre, va presintiendo que su "tónica," algún día, habría de ser la de esos ya jóvenes maestros: los que definen la plenitud poética española en los años 60, especialmente aquellos integrantes de la segunda generación de posguerra. De algunos de los citados, de Bousoño y

de Brines en particular, recibe no sólo aliento sino muy provechosos consejos que él estima con gratitud, como muy sustanciales para su apreciación de la poesía y el dominio de sus técnicas. Conoce a los “novísimos” de José María Castellet en el mismo año (1970) en que aparece la polémica antología de aquél: pero, a pesar de que cronológicamente pertenece a dicha promoción, no le reclaman demasiado, acaso muy poco. Como se ve: lecturas desorganizadas, pero no mal orientadas. Ya en los cursos de licenciatura que actualmente toma en Hunter College llegaría el momento del ordenamiento y de la valoración crítica objetiva, pero esto vendría mucho después. Lo curioso es que, cuando al fin comienza a mostrarlo en silencio escrito y conservado, se descubre al punto que, no obstante aquellas lecturas anteriores o paralelas, su voz poética había brotado desde el inicio mismo con un acento extrañamente limpio de resonancias próximas. No fue un mal signo, que el ejercicio continuado hasta hoy no haría sino perfilar con más destacado relieve.

El mundo poético de Dionisio Cañas se apoya, por lo general, en una visión desolada, seca y aun cruda de la existencia: la vida sentida como misterio, mascarada y condena; la conciencia del tiempo que nos roba el instante y nos devela la muerte; el dolor o repugnancia ante un vivir sin pureza y sin amor; y, sin embargo, la búsqueda afanosa de la otredad, que puede sorprendernos en los misteriosos fondos últimos del ser, o que por ráfagas puede darnos también la vivencia amorosa. Estos temas mayores podrían desdoblarse, dentro de su poesía, con mayor sutileza; pero no hago aquí sino trazar una presentación general de aquélla, y esquivo los detalles que el lector podrá encontrar por su cuenta. Los mismos poemas de Cañas que estas páginas de *Inti* reproducen, nos pondrán frente a algunos de sus asuntos más significativos. La reflexión inextricable sobre la falacia del vivir y el arte no menos falaz de la palabra: “Prefiero empezar por reconocer.” La autodeformante visión expresionista del hombre de todos los hombres, ante la falsedad que el mundo hace esconder en los rostros humanos: “Autorretrato con máscaras.” Y, por fin, la ecuación misteriosa entre el yo y su oscura aunque deseada heterogeneidad: “Viaje a solas con el otro.”

Se observará, entre las selecciones, la alternancia de poemas en verso y de textos en prosa. Ya practicada esta simultaneidad desde los tiempos fecundos y proveedores del modernismo, hoy se ha vuelto resueltamente a tratar de borrar las arbitrarias fronteras que, dentro de lo lírico, habían levantado entre sí ambas modalidades expresivas. Cruzados de esta reconquista son actualmente Octavio Paz y José Angel Valente, en una y otra margen del mundo hispánico. Dionisio Cañas concuerda, y son ahora palabras de Valente, en que la poesía “no es cuestión de género sino de visión”; y trata de enmarcar las suyas, sus visiones poéticas, en el verso o en la prosa, según los imperativos de las urgencias a expresar.

Vamos viendo, pues, que es la suya una poesía de la experiencia. Mejor: de la meditación sobre la experiencia vivida. Sólo, y esto ha de advertirse en seguida, que esa reflexión no la practica a través de un lenguaje

llanamente coloquial ni lastrado de su riesgo mayor: el peso excesivo de la conceptualidad, pues jamás desembocará en una expresión descarnada o seca. Tampoco le ocurrirá que la evocación del vivir le lleve a caer en la trampa a veces peligrosa del poema como relato o anécdota. Ni se nos permite diagnosticar, al ver adensadas sus composiciones de la más viva realidad, que estemos ante eso que fácilmente cabe entender como “poesía realista” si es que tal cosa hubiere. Lo que como designio, digamos innato, le salvara de una y otra posibilidad fue el evitar desde un principio la dicción plana y sin crispaciones, y el no temer la palabra agreste cuando necesaria: recuérdese, como ya se indicó, que su acercamiento a la poesía de nuestra lengua lo aprendió felizmente, y al mismo tiempo, desde el costado peninsular y desde el hispanoamericano; y de este último aprendió que los límites de la “propiedad” poética pueden ser altamente flexibles si no destruyen el prístino impulso lírico o emocional. Un rasgo de sus años es también, sin diluir por ello la tensión personal en un mero calco “culturalista,” el no rehuir tampoco su exterior apoyatura argumental en los artistas de la palabra (desde la Biblia y Cervantes hasta Aleixandre) y en los plásticos (Van Gogh, James Ensor), cuyos sentires y pensamientos vengan a afluir y reforzar su propia vivencia del mundo.

Más aún, y esto creo sea la nota más positiva de su trabajo poético, lo que le distingue con mayor vigor es el haber llegado al verso ya dotado de una eficaz propensión al vuelo imaginativo: el mismo impulso que, antes de llegar a la poesía, le tentara en la pintura. Sin embargo, ese vuelo no lo alza nunca gratuita o alegremente: lo somete con pulso firme a la intuición que desea corporizar y a la ilación fatal y unitaria del desarrollo poemático. Y he escrito, casi al azar, algo que se acerca a la valoración que mejor correspondería a la suya: poesía como fatalidad. Esto ya le fue señalado antes que ahora, en alguna conversación cordial, por otro poeta amigo; y yo amistosamente me lo apropio, y se la aplico, porque la verdad es de todos.

Hoy vive Dionisio Cañas en Nueva York. Y vive, como quizás nunca imaginara, entre libros: tiene a su cargo la dirección de la sección de español en una importante librería extranjera de esta ciudad. En uno de esos libros — en *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato — encontró un día un pasaje que le rememoró intensamente una fuerte sugestión que experimentase en su niñez, y en situación análoga a la que ofrece Sábato en la página final de su novela: “El cielo era transparente y duro como un diamante negro. A la luz de las estrellas, la llanura se extendía hacia la inmensidad desconocida. El olor cálido y acre de la orina se mezclaba a los olores del campo . . .” Y en la última frase del breve pasaje advirtió Dionisio resumida su impresión más honda y definitoria de la vida: *cálida y acre*, como la orina. ¿Por qué no usarla entonces como título de ese primer libro suyo que ahora espera, si la intuición del mundo que sostiene los poemas justifica con creces aquel rótulo, que ha llamado más bien a extrañeza, en la portada de un libro de versos, cuando en alguna lectura pública de aquéllos ha tenido que mencionarlo? Sorprende a veces la “beatería” estética que aún nos domina.

Más el autor, ya se dijo, sabe que la poesía no necesita inevitablemente de las rituales palabras bellas y consagradas, sino más de las intuiciones enérgicamente expresivas. Y allá va el libro con su título tenazmente defendido, *El olor cálido y acre de la orina*, que se adelanta hacia nosotros como la primera y más noble señal del quehacer poético de quien lo ha escrito: su autenticidad.

PREFIERO EMPEZAR POR RECONOCER

Prefiero empezar el poema por su inutilidad,
por sus rasgos de animal común,
por su sabiduría del desconocer y el palpar,
por lo absurdo sentido como descubrimiento.

Prefiero empezar diciendo que te amo,
pero en verdad, por un oscuro rito,
estamos apuntalando un edificio
de fachada impecable, donde a diario,
construimos también un invento excelente
(la muerte).

Prefiero así empezar reconociendo
el débil envés de la palabra,
la fuerza de aquello que carcome,
y luego como un cincel templado y poderoso
podremos penetrar en todo tiempo.

AUTORRETRATO CON MASCARAS

(Sobre un tema de James Ensor)

Hemos mirado otra vez la tarde con su amorstado derrame de finas vetas rojas. La luz ha caído con signos de cansancio. De nuevo hemos creído reconocer el amor en el áspero roce de la sábana. Al amagar la sombra su frescura sobre nuestra piel, la hemos confundido con otra mano. Declinamos con el sol, y con la hora enmohecida que nos deja y nos espera siempre. Lo oscuro invade el ser, lo daña, raja el gesto. Todo nos parece de una vejez incalculable, sólo el amor resuena en lo más hondo de la memoria. Hemos bailado con sonos que siempre nos descubren algún recuerdo, un abrazo torpe, unas caderas que sólo saben sentir el dolor. Muchas caras nos acompañan con sus muecas pintadas, con fijas con risas, con pupilas vacías.

Todos miramos con extrañeza y vemos en nuestros espejos la raída e impura carne de tantas máscaras. El hueso blanco asoma amenazando mientras, angustiados, sentimos cómo ya no hay luz.

VIAJE A SOLAS CON EL OTRO

De los hilos y nervios que recorren el cuerpo,
de las pequeñas cosas que ordenan la ansiedad,
ha nacido el otro,
el recuerdo purísimo
de aquél que fui
en un lugar remoto.

Oh niebla tensa, impenetrable noche
que cuajas
el miedo en ráfagas de sombras hilvanadas,
aparta ya tu mano,
déjame a solas
con el silencio helado
que me une
a la primera residencia.

Nadie me culpe de ser mentira engalanada
ni ese bulto
que se alarga
y atormenta,
el otro.